

comía, y... ¡qué sé yo de qué frase oportuna sería conveniente usar, para decir que ninguna cosa ensució jamás! Su ama misma encarecía esta circunstancia hablando con Pudencianita. — Nunca, decía, nunca manchó mi ropa ni mi cama. No creas que hacía perjuicio; es nulo, prima, que lo daba su excremento, *nullum prima dabit excrementum*.

Y ¿qué diré de las acciones positivas con que os enseñaba la sumisión, la obediencia, el agrado y la docilidad? Acudía con prontitud siempre que se la llamaba por su nombre, de cuya sumisión le resultó la caída; no salía de la pieza en que se ponía; su colita parecía un sacudidor ó mosquitero, según la batía, enarbolándola como arco á la presencia de sus amas para tenerlas gratas, y manifestó su docilidad confederándose con el gato y enlazando con él la más estrecha amistad. ¿Cuándo se ha visto ejemplar semejante? La expresión más viva con que significamos una enemiga mortal entre los hombres es decir que *andan como perros y gatos*; pues Pamela fué siempre superior á estas preocupaciones desde su niñez, haciendo migas con el gato, y como se expresa de la infancia, diciendo: *Cuando andaba á gatas*, de ella deberá decirse: *Cuando andaba á gato con el gato...* ¡Qué panegírico!

Pero fué mayor el que mereció por su paciencia en las enfermedades, enseñándoos con ella á sufrir las vues-

tras. Su débil y delicada complexión enfermiza, siempre la hacía adolecer y la proporcionaba dar aquel ejemplo. Llamo por testigo de esta verdad á su ama doña Pomposita, que inflamada de una ardiente caridad de san Lázaro, la atendía y la curaba, pudiendo, por lo mismo, en su elogio, exclamar con Hipócrates en sus aforismos: ¡qué aplicada joven! ¡continuamente sana! *¡Quae applicata juvant, continuata sanant!*

Aquí no disimularé el único defecto de Pamela, porque no falte el sombrío en su hermosa pintura. Comenzaron á levantarse las sospechas de que pretendía casarse con un perrillo de inferior nacimiento. Los indicios eran vehementes, y la casa toda se hallaba consternada al considerar que iba á manchar su noble y esclarecida prosapia con tal abatimiento. Pero si fué capaz de abrigar deseos tan plebeyos, tuvo la sublimidad de vencerse y de no llevarlos al cabo.

Después que se averiguó la materia y se encontró no ser juicio temerario el que corría, se opuso su ama, y frustró tan detestable matrimonio, armándose con la pragmática prohibitiva de los casamientos desiguales, impidiendo toda comunicación con el atrevido y mal aconsejado *excuintle* que la inquietaba, y protestando que por embarazar tal enlace, más bien la dejaría envejecer y convertir su virginidad en orejón.

Vosotras, las que habéis escuchado tan singular na-

rración, y á quienes la dirige mi fervoroso celo, os la debéis proponer como dechado, no en vuestras almohadillas, sino en vuestras mentes; no para vuestras costuras, sino para vuestras acciones. Júpiter soberano os ha manifestado visiblemente que destinó á Pamela para vuestro ejemplo.

Ella era flaca como doña Pomposa; enferma de las piernas como doña Eufrosina; de salud endeble como doña Matilde, afluxionada como doña Carlota; legañosa como doña María; chaparra como doña Adelaida, y perra como todas.

Deben, pues, esforzarse á imitarla, cada una en aquella cualidad que la es más conveniente. Doña Matilde, en sufrir las enfermedades sin desesperación; Doña Pudenciana, en la sumisión sin bachillería; Doña Carlota, en la paciencia, pero sin pachorra; Doña Pomposa, en el agrado, pero sin zalamería; Doña María, en la conservación del doncellazgo, pero sin sambitatería; y todas en la finura, pero sin perrera. Porque á la verdad, sólo lo bien obrado es lo que se saca de esta vida; todo lo demás tiene la misma substancia que el humo, que en el viento se desvanece y pasa con la misma rapidez que la brillante luz de los relámpagos.

La muerte de Pamela fué el mayor desengaño en este punto, que es el segundo de mi perruna oración.

## PUNTO SEGUNDO

Yo bien sé que la vida no es sino un viaje para la muerte ó un dorado coche en que bonitamente y sin sentir vamos caminando á ella. El tiempo es el cochero; el tronco de caballos que lo tiran, blanco el uno y el otro negro, son el día y la noche; la infancia, adolescencia y demás edades, son las jornadas; los placeres del mundo, ventas en que tomamos algún refocilo; las enfermedades son las cuestas y desvanes en que se precipita este coche para llegar más breve; las canas son el polvo del camino que emblanquece el pelo; las arrugas, efectos del calor y fatiga que consumen el húmedo; la corcova é inclinación del cuerpo con el arrastrar de pies denotan el cansancio, porque se ha andado ya mucho; la agonía es la garita del país tenebroso; la sepultura es la posada, y todas las cosas que nos rodean, pregoneros que nos recuerdan hacia dónde caminamos. Tal es el deshojarse las flores, tronchar una hacha cortante aun los más empinados ocotes, desplomarse los más soberbios edificios y girar los ríos al sepulcro de los mares, y aun el sol y planetas á su ocaso.

Sé bien todo esto; pero ¿es posible que había de ser aún más breve la vida de Pamela, y que este astro luminoso había de padecer eclipse casi en su mismo oriente?

Por su pronta carrera más pareció cometa, aunque yo nunca la reputé por tal, no obstante tener cola, porque no comía. Pero lo cierto es que duró tan poco su luz, que ni aun con los cometas pudo compararse. Con razón, hablando su ama con su querida amiga doña Doloritas, usurpaba la sentencia del jurisconsulto. Díme, ¿qué cosa podrá ser su término de comparación? Ello es, decía, ello es, Lola, que puede la vela, *ejus est nolle, qui potest velle*.

Dispénsenos describir menudamente aquellos últimos días en que la vimos padecer, y sobre los que exige nuestro dolor, aún reciente, echar un velo. Aún no olvidáis que andando por los bordes del corredor, y llamándola á este tiempo, al dar la vuelta cayó abajo, que se encojó y le resultó una apostema en la cabeza; que de día en día se fué extenuando y enflaqueciendo, hasta poder servir á una costurera, porque parecía aguja; que comenzó á arrojar materia por todas partes, y que, dando la más cruel penitencia á todas las narices vecinas, exhaló un pestífero hedor, y con él el último aliento, dejando á las señoras igualmente consternadas por su pérdida, como por la prueba que en ella palparon de lo caduco de las cosas mundanas.

¡Ay de mí, que apenas puedo sostenerme al recordar tan funesta catástrofe! Un nudo en la garganta me embarga las voces y el corazón parece que se arranca,

para derretirse en lágrimas amargas con estos recuerdos dolorosos. Yo mismo ví con estos ojos, con que veo á la venerable doña María, la hermosura de Pamela convertida en podredumbre; su lozanía en languidez; su genio festivo y placentero, en tétrico y abatido; sin gracia sus ojos, sin acción todos sus cuatro pies, y aquel cuerpo que las damas abrigaban en su regazo, arrojado por asqueroso en un sótano, cuando enfermó de gravedad, y después de su muerte en un muladar. Este fué su túmulo, su mausoleo, y tal su último paradero.

Y si este es el fin del animalillo predilecto, estremézcanse los demás que sirven de diversión á las damas y á los niños, y espérenlo aún más desastrado á vista del que experimenta el preferido entre todos. Ninguno, á la verdad, es acreedor á mejor suerte. No al pajarito, que sólo deleita el oído y á quien no se hace más cariño que meterle alguna vez la masa en el pico y tocarle blandamente la cabecita, aunque haya una docena de canarios, ó lo que es lo mismo, doce amarillos que silban, *doces, Amarilida silvas*. No el loro, á quien no se hace más aprecio que darle una sopa porque nos divierta, preguntándole su estado como si fuera á confesarse; item con su verba exaltándole la bilis, *item verbalia in bilis*. No el gato, que sólo entretiene arrastrándole un papel ó rodándole una bolita, por lo que sólo se le honra con andarle por el lomo; pero no se pone á comer en la

mesa, sino que se le dan migajas míseras en el suelo *dat miseris solum*. No el mono, de cuya cercanía se huye y sólo agradan á lo lejos sus ademanes, gesticulaciones y maromas, ó que haga títeres con las patas, *títire tu patule*. No, en fin, los que recrean con harto sacrificio suyo, como la mosca clavada en un popote para que imite el ejercicio militar; el ratoncillo asido de la cola con un hilo para verlo correr sin que pueda escaparse, y el murciélago afianzado de las alas para que chupe un cigarro.

A todos éstos son superiores los perros por su lealtad, por sus conocimientos, por sus fiestas y por sus innumerables gracias; dignos por lo mismo de las mayores atenciones, hasta dormir en una misma cama con sus dueños y que las damas los equiparen á los seres de su especie. Pero entre todos se hará un lugar muy preferente la incomparable perrita, que ha sido el objeto de mi oración, y cuya pérdida os desengaña de que no debéis engreiros en cosa alguna de esta vida, supuesto que os ha faltado la que más amabais.

¿Por qué, Pamela, ¡oh, querida y amada Pamela! ¿por qué te alejas de nosotros? ¿A dónde te has ausentado sin dejarnos la esperanza de volver á verte? ¿Por ventura, envidioso el firmamento, te ha arrebatado para añadirte á su toro, escorpión, pescado y carnero, formando de tí una nueva constelación? ¿Has subido á agregar-

te al Can celeste, ó te has introducido en la Canícula? ¿has descendido á los infiernos á acompañar al Cancerbero, ó al abismo de las aguas, con el Can marino? ¿te has ido á la Tartaria con su gran Kan, ó con los perros moros? ¿acaso con los canes de algunos encumbrados techos, ó bien al país de los canes, que juzgo serán las Islas Canarias?

Pero ¡ay de mí! que en ninguno de estos lugares hemos de encontrarla. Ella, sin duda, se ha remontado á lo más solitario del Nihilópolis, porque no ignoraba la grave sentencia del Nebricense; que la hembra sola reposa, *quae femina sola reposcit*.

Esto, señoras, sirva de lenitivo á vuestra pena, ya que para mayor desengaño carecisteis aun del consuelo de heredarla, repartiendo entre vosotras sus miembros. ¡Qué dulce os hubiera sido que hubiera dejado su pescuezo á doña Pomposa, sus dientes á doña Eufrosina, sus hígados á doña Matilde, su espinazo á doña Pudenciana, su colita fiestera á doña Carlota, y sus ojos con su menudo entero y relleno á doña María!<sup>1</sup>

Pero ya que no lograsteis esta dicha, permita el dios Pan, que lo es de los pastores, y por consiguiente de los perros, ó bien Acteón, ó la deidad, sea la que fuere,

<sup>1</sup> En esta variación de los nombres, se pierde la graciosa aplicación que hizo el autor de la oración fúnebre en este lugar y la conclusión del primer punto, á los defectos ó buenas cualidades de las señoras para quienes se trabajó.—E.